

87.136

5

3
1877

HISTORIA DE UN MISERERE



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GEDOS.USALES

R. 238.297

HISTORIA

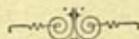
DE UN

MISERERE

(LEYENDA TRADICIONAL)

por

JOSÉ LÓPEZ ALONSO



José López Alonso

SALAMANCA

IMPRESA DE FRANCISCO NÚÑEZ
1893



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOUSALES

Es propiedad del autor.

I

INVOCACIÓN

«Genio inmortal de la armonía sagrada,» (1)
Sol que del Arte el horizonte alumbra,
Númen fecundo de fervor henchido,
Músico insigne;

Docto maestro de la noble Escuela
Que el claro Tormes cadencioso arrulla,
Hijo eminente de la patria mía,
Sábio Doyagüe;

Tú, que copiaste del querub celeste

(1) Frase del epitafio de Doyagüe.



La dulce y suave y melodiosa estrofa
Para entonar en el sagrado templo
Tiernas plegarias;

Tú, que, al arder la inspiración sublime
Dentro del alma que animó tu vida,
Cantar supiste la eternal belleza
del Ser Supremo;

Tú, que en escalas de cadencias ténues
Mostraste ¡oh, genio! al asombrado mundo
Cómo se vence en las tenaces y árduas
Lides del arte;

Tú, que en las cuerdas de tu argénteo lira
Vibrar hiciste con melifluos sonos
El insaciable y sempiterno anhelo
Del alma humana,

Préstale alientos á mi pobre Musa
Para que narre en poético romance
Aquel amor que te rindió en mal hora
Con torpe halago,

Y del que luego tu virtud austera
Triunfó una noche, en ocasión solemne,
Al mismo tiempo que la luz del génio
Brotó en tu alma.

La patria historia, que anotó en su libro
Las pulsaciones de tu heroica vida,

Calló el suceso que narrar pretende
Mi torpe labio;

Mas la piadosa tradición, que en forma
De anécdotas y cuentos y consejas
Lo que la historia desdeñó recoge,
Será mi númen.

Dáme tú, pues, la inspiración que anhelo,
Y en tu loor modularé un sonoro
Himno que llegue á estremecer tu noble
Cuerpo insepulto, (1)

Al recordar la memorable fecha (2)
En que, arrancando tu postrer suspiro,
Te hizo inmortal y te cubrió de gloria
La helada muerte.

(1) Los restos mortales de Doyagüe, exhumados en 1869 y llevados á Madrid con destino al Panteón nacional de hombres ilustres, fueron traídos á Salamanca en 1884 y yacen en humilde caja colgada á la entrada de la capilla del Canto de la Catedral, esperando que la piedad ó el patriotismo los coloque en decorosa sepultura.

(2) Esta leyenda fué escrita expresamente para ser leída en la velada literario-musical celebrada en honor de Doyagüe el 22 de Diciembre de 1892, en conmemoración del quincuagésimo aniversario de la muerte del insigne maestro salmantino.





II

«POST TENEBRAS»

El toque de cubre-fuego
sonó en la torre más alta,
volcando sus notas dulces,
agudas, lentas y claras,
que las sílabas parecen
de una piadosa plegaria,
sobre las angostas calles
de la antigua Salamanca.

Pero aunque imponen silencio
aquellas tres campanadas,
que ordenan más que estimulan
y más que aconsejan mandan,
el sordo rumor del pueblo
no se extingue ni se apaga;

antes bien, crece y se eleva
y se extiende y se ajiganta
como las hirvientes olas
heridas por la borrasca.

Es que es noche de Tinieblas;
y en la bella Salamanca
(donde impera la costumbre,
no sé si buena ó si mala,
de que damas y galanes
y niños y viejos vayan
desde la plaza á la iglesia,
desde la iglesia á la plaza)
después del sagrado oficio
la gente se desparrama
bulliciosa por las calles
que alumbra la luna clara.

Por eso en aquella noche,
las Tinieblas terminadas
al seco y áspero ruido
de las crujientes carracas,
la multitud, que abandona
la Catedral sacrosanta,
por la calle de la Rúa
se encamina hacia la Plaza,
donde las viejas murmuran,
y los rapazuelos saltan,



y disenten los golillas,
y los nobles se solazan,
y hacen tiempo los tahures,
y rezongan las beatas,
y se buscan los amantes,
y se encuentran las miradas,
y se lloran desengaños,
y se alientan esperanzas.

Por los anchos soporales
que á un Churriguera dan fama,
formando dos largas filas
en direcciones contrarias,
de un lado los estudiantes
y de otro lado las damas,
saludos y cumplimientos
y corteses frases cambian:
ellos con fuego en el pecho,
con regocijo en el alma,
el tricornio en la cabeza,
en los hombros la sotana,
en los labios el requiebro,
la inquietud en la mirada,
en el andar la soltura
y la pimienta en la charla;
ellas el cielo en los ojos,
la suelta trenza en la espalda,

la esbeltez en la apostura,
el recato en las palabras,
la belleza en el semblante,
en el talle la arrogancia,
en la boca la sonrisa
y la ilusión en el alma;
siendo el marco de aquel cuadro
de bullicio y algazara
las flores de suave aroma
que besan de Abril las áuras
y que, erguidas en los tiestos
y en las macetas, son galas
de los altos voladizos
y las abiertas ventanas.

Entre aquellos estudiantes
que cruzan la inmensa plaza,
hay uno que se distingue
por sus viejas hopalandas,
por su humilde continente,
por su rostro de tez pálida,
por sus brillantes pupilas,
por su melena rizada
y por el pesar profundo
que se refleja en su cara.

¿Quién es?... Todos le conocen;
pues cuantos cerca de él pasan



le saludan con respeto,
aunque es joven por las trazas,
aunque no es noble su rango,
aunque está raída su capa
y aunque él dá, invariable, á todos
por respuesta la callada.

Alguien le tacha de vano
y de orgulloso le tacha,
viendo que á tantos saludos
de contestar se recata;
pero es público y notorio
y saben cuantos le tratan
que Manuel José Doyagüe
(que así el mancebo se llama)
es de bondades tan pródigo
como avaro de palabras.

Aunque cursa Teología
y Cánones en las aulas,
ni domina el silogismo
ni es su fuerte la escolástica;
que las dialécticas lides
y las justas literarias
están con sus aptitudes
en completa discordancia.

Siendo así ¿por qué las gentes
le veneran y le acatan?

¿Por qué de los envidiosos
sufre las iras menguadas?
¿Por qué en todas las tertulias
se hacen lenguas de su fama?
¿Por qué los sabios le admiran?
¿Y por qué todos le ensalzan?
¡Ah! Porque brilla en su frente
del genio la pura llama;
porque su númen fecundo
hace estremecer las almas;
porque en la esfera del arte
divino tiende las alas
cual las tiende en rándo vuelo
por los espacios el águila.





III

LA CITA

Ya el reloj de San Martín,
que se destaca en la altura
erguido en el campanario
y enhiesto sobre la cúpula,
lanza nueve campanadas
lentas, vibrantes y agudas,
que, al descender de la torre,
á la muchedumbre anuncian
que es ya llegada la hora
de la colación nocturna.

Ya se dispersa la gente,
ya queda la plaza muda,
ya las pláticas se extinguen
y ya tan sólo se escucha

allá á lo lejos el Tormes
que blandamente susurra
y aquí cerca los suspiros
del céfiro que murmura,
mientras la tórtola amante
á sus hijuelos arrulla.

El joven Doyagüe entonces
tras el ámplio embozo oculta
la faz, y hundido el tricornio
hasta rebasar la nuca,
como quien algo recela
el Arco del Toro cruza,
atraviesa entre la sombra
la Plaza de la Verdura,
tuerce después á la izquierda,
se recata de la luna
y, por fin, desembocando
en una calleja oscura,
ante blasonada puerta
detiene el paso y escucha.
Ni un rumor vibra en los aires,
ni un soplo el silencio turba:
que hasta las fugaces áuras
sus alas diáfanas juntan
y el leve vuelo abatiendo
se duermen en la espesura.



¿Qué, á tal hora, en tal paraje
y entre la vaga penumbra,
aquel mancebo embozado
inquiére, pretende ó busca?
Por la ansiedad que revela,
por lo que la luz rehusa,
por los suspiros que exhala,
y por el afán, en suma,
con que clava las pupilas
en la ventana vetusta,
guardada por densa reja
de retorcidas columnas
donde prodigios el arte
hizo de labor menuda,
bien claramente aquel mozo
á cualesquiera denuncia
que es lo que allí le detiene
una amorosa aventura.

Y por sí fuere preciso
no dar más tregua á la duda,
detrás de la férrea reja
el contorno se dibuja
de una dama, en cuyos ojos
ardiente pasión fulgura
al hundirlos en la sombra
del galán amante en busca.

¿Quién es ella? En Salamanca
es proverbial su hermosura,
y se ensalzan sus virtudes
y hasta se envidia su alcurnia.
Por eso si se pondera
la belleza ó la figura
ó la piedad ó la fama
ó la prosapia de alguna
dama de admirable rostro
y de gentil apostura,
todos suelen compararla
con doña Leonor de Acuña,
y en tales comparaciones
doña Leonor siempre triunfa.

Aún no cumplió cuatro lustros,
y ya horadó su alma pura
el harpón de las desdichas
que el goce más dulce turba;
pues dos años há que al tiempo
de celebrarse sus nupcias
con un viejo condestable
de alto rango y gran fortuna,
las galas de su himenéo
fueron sus tocas de viuda.
Mas la pasión, que en el alma
despertando la locura



avasalla y esclaviza
á quien más de ella se esconda,
cual volcán de lava hirviente
inflamó con fuerza mucha
una noche memorable
el alma de la de Acuña;
y desde entonces, rendida
al amor que la subyuga,
diera por Manuel Doyagüe
la vida y el alma suyas.

Por eso en ser uno de otro
ella y él su dicha fundan,
por eso el hilo se alarga
de sus pláticas nocturnas
y por eso aquella noche
en que de ella fué él en busca,
se convierte la ventana,
que las violetas perfuman,
en hermoso altar, en donde
á su amor culto tributan
ella y él, que el regocijo
que sienten no disimulan.

La conversación es breve,
que el tiempo á los dos apura
y terminarla es preciso
sin pretextos ni disculpas;

pues si él torna á casa tarde
á su buen padre disgusta,
y si ella el diálogo enreda
sufre del suyo repulsas.

—¿Con que estás resuelto al cabo?—
la dama al mozo pregunta.

Y él responde:—Estoy resuelto,
si es que Dios me dá su ayuda,
á trocar por tus encantos
gloria y honor y fortuna.

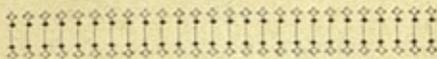
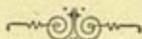
—Vé que es mucho lo que arriesgas—
dice Leonor con premura.

—No importa;—el galán replica—
si nuestra unión dificulta
el orgullo de tu padre
y de la familia tuya,
porque tu cuna es muy noble
y asaz humilde es mi cuna,
nuestro amor sabrá mostrarles
sin vacilación ni duda
que la sangre mezclar pueden
un Doyagüe y una Acuña.

Dijo; y sintiendo en el alma
la fiebre de la locura,
conciertan ambos amantes
poner fin á tantas luchas



emprendiendo al día siguiente,
que es Jueves Santo, la fuga;
para lo cual el mancebo
irá de la dama en busca
cuando á la ciudad la envuelva
la vespertina penumbra
y á punto de que en el templo
las Tinieblas se concluyan.



IV

INDECISIÓN

Volvió á su casa Doyagüe
cuando mediaba la noche
y cuando la negra sombra,
libre ya de los fulgores
de la luna, que ocultaba
su disco en el horizonte,
desde las estrechas calles
trepaba á las altas torres
envolviendo á Salamanca
con sus flotantes crespones.

Toda la ciudad dormía,
y la paz de aquella noche
la turbaban solamente
el sordo rumor del Tórnes



y el tañer de la campana
que, con su lengua de bronce,
llamaba de cuándo en cuándo
á la oración á los monjes.

Cerca del lecho, en su alcoba,
el mancebo arrodillóse
yerto, cansado y rendido
por las vivas emociones
que hubo encendido en su pecho
la llama de sus amores.
Elevó al cielo los ojos,
se signó con mano torpe
y, de devoción henchido,
comenzó las oraciones
que, antes de entregarse al sueño,
rezaba todas las noches.

Fija en su mente la idea
de unir la suya á la noble
condición de la de Acuña
huyendo á ignotas regiones,
(para lo cual es preciso
que su vocación ahogue,
siendo un vividor infame
en vez de un buen sacerdote)
para hallar la paz que busca
en vano será que ore,

y que auxilios pida al Cielo,
y que con fervor invoque
á su bendita patrona
la Virgen de los Dolores.

¡Ay! que cuando se desata
en el corazón del hombre
el rudo y desenfrenado
huracán de las pasiones,
el amor á Dios se extingue,
la virtud sólo es un nombre,
la esperanza se marchita
y del mal la ola salobre
al subir del pecho al alma
creencias, fé y piedad corrompe;
siendo, en vez de lenitivo,
tósigo mortal entonces
la plegaria que en los labios
vibra apenas ténue y torpe.

Como quien sueña ó delira
sintió de pronto aquel joven
de la conciencia en el fondo
alzarse confusas voces;
y entre la fé religiosa
que heredó de sus mayores
y el amor que en su alma ardía
ruda batalla entablóse.



¿Cuánto duró aquella lucha
de encontradas emociones
en que el infeliz Doyagüe
triste, abatido é insomne
contemplaba en lontananza
ya del placer los trasportes,
ya los amantes deliquios,
ya terribles maldiciones
ó ya su honor mancillado
ó ya entre el fango su nombre?

Nadie lo sabe. De hinojos
rígido estuvo é inmóvil
hasta que el alba en oriente
se guarneció de arboles.

Pródiga le brinda en vano
la Naturaleza entonces
sus más dulces alegrías
y sus más bellos primores,
en el áureo sol que brota
detrás del cercano monte,
en la brisa que sacude
las alas entre las flores,
y en los aromas del valle
y en los susurros del Tórmes
y en los armoniosos trinos
de los pardos ruiseñores;

que cuando anidan las penas
dentro del alma del hombre,
sólo en derredor vé sombras
y lágrimas y dolores.

Por eso á cuanto le cerca
indiferente aquel joven,
con su conciencia pugnando
y con su apetito torpe,
cual si alguien le preguntara
qué le pasa, así responde:

El bien ansiado disfrutar desea
este insaciable amor que arde en mi seno,
con cuyo esflavio el alma me enveneno
mientras mi cuerpo en él más se recrea;

cuando el instinto rudo le espolea
la noble voluntad le pone freno,
y, ciega, la pasión diputa bueno
lo que rechaza del deber la idea.

¿Qué hacer en trance tal?... Fiero combate
libra con la conciencia el apetito,
que ora se yergue audaz, ora se abate;
y, en esta indecisión en que me agito,
no sé ya si es amor lo que en mí late
ó si es el torpe anhelo del delito.





V

ARREPENTIMIENTO

La catedral salmantina,
modelo de catedrales,
sostenida por columnas
que, cual palmas seculares,
allá en las bóvedas altas
los gruesos troncos deshacen
y, destrenzando sus ramos,
tejen arcos ojivales
que son de la vista asombro
y maravillas del arte:
la catedral, cuyos muros
de incommovibles sillares
fueron de la fé y la patria
los más firmes baluartes,

en los que estrellóse un día
el empuje formidable
del Muslim, como se estrella
en la costa el oleaje:
la catedral salmantina
que dió en su regazo amante
vida y calor, prez y fama
á la siempre noble y grande
Universidad augusta,
vestal en cuyos altares
de la ciencia el sacro fuego
inextinto brilla y arde:
la catedral que de piedra
en páginas inmortales
toda la historia compila
de las pasadas edades,
ora en aquellos sepulcros
que hechos parecen de encaje,
donde el sueño eterno duermen
prelados, reyes, magnates,
hidalgos de noble estirpe
y damas de alto linaje;
ora en las bellas ojivas
cerradas por los cristales
en que el genio del artista
pintó con tintas brillantes



de los bienaventurados
los hechos y las imágenes;
ora en las amplias capillas
cuyos santos titulares
son en mi ciudad amada
los poderosos imanes
que, con fuerza irresistible,
la piedad del pueblo atraen;
ora en aquellas estátuas
de guerreros y de abades,
de vírgenes y de papas,
de doctores y de mártires,
estas la cruz empuñando,
aquellas el estandarte,
unas con luengas espadas,
otras con palmas brillantes,
ya erguidas, ó ya de hinojos
en los anchos pedestales;
ora en los áureos retablos
que coronan los altares;
ora en las vallas de hierro,
ora en las grecas de jaspe
y en los altos botareles,
y en los robustos pilares,
y en el inmenso cimborrio
que, en la altura al destacarse,

el férreo casco semeja
de un descomunal gigante:
la catedral salmantina,
joya preciada del arte,
relicario de prodigios
y basilica admirable,
en la ciudad siempre insigne
que fué del saber la madre,
nutre, alienta, vivifica,
sostiene, anima y esparce
la fé, que es para las almas
como para el pecho el aire.

En aquel grandioso templo,
modelo de catedrales,
el oficio de tinieblas
estaba ya terminándose
un Jueves Santo famoso
al agonizar la tarde.

Lleno está el templo de fieles,
oscuras las anchas naves,
cubiertas con negros velos
las cruces de los altares;
en el tosco tenebrario
sólo una vela que arde;
arriba la densa sombra,
abajo luz vacilante,



en derredor el misterio
y doquier algo impalpable,
que el remordimiento agita
en las almas al filtrarse.

De pronto el silencio rasgan
con sonidos penetrantes,
tras armoniosos acordes
que parecen tristes ayes,
del *Miserere* sublime
las estrofas designales,
al tiempo que presuroso
entra en el coro *Doyagüe*
yendo al pié de la alta verja
de rodillas á postrarse.

No vá allí, como otras veces,
en el canto á tomar parte,
pues su garganta la oprime
el dogal de los pesares;
sólo la fé que ha perdido
allí busca aquella tarde,
que en el templo es donde puedo
su espíritu confortarse.

La pasión que le avasalla,
el deber que en su alma late,
el anhelo aún no saciado,
la promesa hecha á su amante,

los sentimientos más puros
que dentro del alma nacen,
los malvados y groseros
apetitos de la carne...
todo, en confusión horrenda,
la voluntad le combate
y entre el infierno y el cielo
vacila su alma un instante.

Pero entonces en el coro
con roncos acentos graves,
como el bramido del viento
que bosques descuoja y barre,
surge en cadencia armoniosa
el *Tibi soli peccavi*;
y el versículo prosigue
del coro oscuro elevándose
entre un raudal de armonías
que, estremeciendo los aires,
ya son como el manso arroyo
dulces, transparentes, suaves;
ya copian el ronco ruido
del turbulento oleaje
que las playas azotando
en espumas se deshace;
ó ya rugen tremebundas
y en convulsiones jigantes



y de fervor encendido
ante el Dios clemente y grande,
al par que dentro del alma
va su pasión apagándose,
brota la llama del genio
como los rayos solares
que, al fecundizar la tierra,
las negras sombras deshacen.
—¡Misericordia, Dios mío!
—exclama entonces Doyagié—
borrad con vuestra clemencia
todas mis iniquidades,
que tan sólo á vuestro culto
os prometo consagrarme.
Y para eterna memoria
de esta noche y de este instante
en que he sido redimido
por mi Dios y por mi Arte,
yo compondré un *Miserere*
que á toda orquesta se cante;
que del alma arrepentida
sea fiel expresión é imagen;
y al que por su ronco acento,
y sus acordes brillantes,
y sus cadencias sublimes,
y sus grandiosos compases,

y sus bellas armonías
y sus notas celestiales,
los músicos que lo admiren
siempre lo llamen *El Grande* (1).



CONCLUSIÓN

Es fama que aquella noche,
y tal vez al mismo tiempo
que trocó por el divino
el galán su amor terreno,
se arrepintió la de Acuña
de su pasión y sus yerros,
buscando la paz del alma
en la celda de un convento.

Allí su vida piadosa
aún se cita como ejemplo;
y la tradición añade,
no sé si con fundamento,
que murió como una santa

(1) Así, efectivamente, se denomina en Salamanca uno de los *Misereres* compuestos por el egregio Maestro.



el año mil ochocientos
y que incorrupto en la tumba
se ha conservado su cuerpo.

De todo lo cual se infiere
que el santo arrepentimiento
de aquella doncella hermosa
y de aquel gentil mancebo,
purificó sus conciencias
y también dió al mismo tiempo
para Jesús una esposa,
para la Música un génio,
una joya para el Arte
y una santa para el Cielo.



X641080211
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6403413857

UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES